

como son cascabeles, agujas, alfileres, anzuelos, etc. Así se entabló desde el principio no recibirles cosa alguna de balde, para que nuestro desinterés les sirviese de argumento, que era muy sagrado el fin que nos conducía a buscarles en sus pueblos. Hizo-se luego visita general de toda la provincia, significándoles por medio de intérprete el fin de su venida, a lo cual hacían los indios buen semblante.

»Reconocida la gente, se retiraron los Padres a su pueblo, a empezar el noviciado de la paciencia, ya tocado uno de ellos de graves calenturas que no le dejaron en más de un año. Luego visitó el Señor a los demás con el mismo regalo, que fué su primera provisión y no la menor prueba de su sufrimiento. Porque la habitación, el sitio, el pueblo, el temple y todas las demás circunstancias se conjuraron para aumentar la materia del mérito en las ardientes fiebres, sin médico, sin medicinas, sin más consuelo que el que les podía venir del cielo. El pueblo era de poco más de doce casas, metidas en un espeso bosque, impenetrable a los aires que pudieran refrescar. La habitación una estrechísima casa de paja y cañas, y en tan mal sitio, que en lloviendo se les entraba el agua debajo de las camas. Los ardientes ordinarios calores, acompañados de innumerables mosquitos sobre el ardor de las calenturas, hacían de la casa un pequeño infierno... Entre este ejercicio de paciencia y el de aprender la lengua se pasaron dos años, sin poder dar paso en la predicación del Evangelio, pero entretanto con agasajos y beneficios les iban ganando la voluntad; para cautivarles los entendimientos en obsequio de la fe» (1).

Sobre la incomodidad del extraordinario calor que molestaba a nuestros Padres merecen copiarse unas palabras que escribía el P. Marbán en la carta ya citada al P. Caveró. «El calor, dice Marbán, de esta tierra no es menor que la humedad, y más, si le coge a un hombre una calma dentro del río. Allí es arrojar el sol lanzas de fuego que parece le quieren convertir a una persona en cenizas. Con este calor es tanto lo que se suda, que casi continuamente andan las personas, como dicen, hechas una sopa de agua, y yo, si he de decir lo que veo, es, que sin hacer mucho ejercicio para haber de regar la tierra con el sudor, no es menes-

(1) Lima. Bibl. nac., *Manuscritos*, 3, fol. 225. Esta relación está fechada el 18 de Octubre de 1687 y va dirigida al P. Provincial del Perú, Martín de Jáuregui.

ter más que pasar la mano por el rostro y muchas veces es excusada la diligencia, pues sin eso suele el sudor ser tan copioso, que basta para regar el suelo. Esto que he dicho del calor no es cosa que dure todo el año. Hay sus tiempos en que ni el calor es tan grande, ni se suda tanto, porque suelen correr aquí unos vientos sures tan frescos y no pocas veces tan fríos, que es menester arrojarse muy bien para no sentir frialdad.»

Siendo de tal condición el clima de la tierra, no es maravilla lo que nos cuentan los misioneros, que casi todos los indios así hombres como mujeres andaban completamente desnudos. Sólo en tal cual tribu han observado que visten una ligera tela de algodón, con la que se cubren lo más indispensable.

Al poco tiempo, como lo indica el P. Orellana, los tres misioneros cayeron enfermos. El Hermano Castillo padeció molestas jaquecas, hasta que fué enviado por los Padres a Lima. El P. Marbán fué afligido por tenaces calenturas, que pudo soportar bien o mal ordinariamente en pie. El más atribulado fué el P. Barace, quien estuvo enfermo cuatro años continuos. Tendido el infeliz en un zarzo de palos que hicieron en aquella choza, pasaba su dolencia como podía, corriendo el agua por debajo de su cama, sin ninguna medicina ni humano alivio y procurando al mismo tiempo aprender buenamente la lengua de los indios por medio de algunos muchachos mojos, a quienes conservaban a su lado nuestros Padres. Terrible ejercicio de paciencia prolongado desde el 1676 hasta 1679.

4. Entretanto deseaban los Padres de Lima entender el progreso de aquellas misiones. A fines de 1676, recibida la carta que llevó el Hermano José del Castillo, resolvió el P. Caveró, Provincial, que pasase a la tierra de Mojos el P. Martín de Litoria, Superior de la casa de Santa Cruz de la Sierra (1). No sabemos si se efectuó este viaje. También debió penetrar algún otro misionero, puesto que luego nos hallamos en Mojos con un P. Clemente Igarza, de quien no tenemos ninguna otra noticia (2). Finalmente, el año 1679, el P. Francisco de Cuadro, que había sucedido al P. Caveró en el provincialato del Perú, determinó enviar un visitador que, examinando las cosas sobre el terreno, resol-

(1) Consérvase en el tomo *Peruana, Hist.*, II, n. 158, una instrucción para el P. Litoria, fechada el 8 de Diciembre 1676.

(2) Véase la carta que luego citamos del P. Marbán.

viese por fin, si debía o no continuarse la empresa apostólica de los mojos. Fué encargada esta comisión al P. Luis Sotelo, quien llegó a la misión a mediados de dicho año. Al contemplar las inauditas privaciones que padecían aquellos misioneros, las enfermedades penosas que los aquejaban, las dificultades de todo género que rodeaban a tan peligrosa empresa, parece que no se atrevió a resolver por sí mismo el negocio de la continuación o suspensión de aquella obra. Juntando los tres Padres, Marbán, Igarza y Barace, les ordenó que durante tres meses considerasen y estudiasen por sí mismos las principales dificultades de aquella misión y que escribiesen al P. Provincial una carta colectiva, exponiendo su parecer. Sobre todo les mandaba responder a estos dos puntos: Primero. ¿Es de esperar que los mojos se reduzcan a vivir en pueblos grandes, para poder ser evangelizados con más facilidad? Segundo. ¿Es de esperar que reciban la doctrina de la fe y perseveren después en las prácticas de la vida cristiana? Habiéndoles impuesto este precepto, se retiró de la misión el P. Visitador.

Los tres misioneros conferenciaron entre sí sobre los puntos propuestos, y al mismo tiempo hablaron seriamente a los indios sobre lo de reunirse en un pueblo considerable, donde ellos les pudieran enseñar. No faltaron dificultades para conseguir este fin, pues, como escribía poco después el P. Orellana, «cada indio vive tan enamorado de su querencia, como pudieran estar las musas de su ameno Parnaso» (1). Esto no obstante, la dificultad se venció, y a los tres meses ya tenían casi formado el pueblo, que después se llamó Loreto. Animados con esta esperanza y reuniendo los datos que los tres pudieron alcanzar, dirigieron al P. Provincial una carta colectiva, mejor diríamos, una descripción topográfica de aquellos territorios, suministrando todos los datos oportunos sobre el modo de hacer los viajes y sobre las comunicaciones que se podían establecer desde el Perú con aquellas apartadas regiones. Responden después en otra carta a las preguntas que les había dirigido el P. Visitador; insiste el P. Marbán, Superior de los otros, en la conveniencia de continuar aquellas misiones, procurando sobre todo llevar el socorro de vacas y mulas y gran cantidad de baratijas estimadas por los indios, con lo cual espera que podrán ser atraídas al Evangelio y a la vida

(1) Relación citada de 1687.

civil muchísimas tribus que divagan por los bosques en aquellos contornos (1).

Mientras iban estas cartas a Lima, mientras allí se deliberaba y consultaba detenidamente sobre la continuación o suspensión de esta obra, hubo de hacerse una mudanza en los misioneros de Mojos. Ya hacía cuatro años que el P. Barace se veía siempre enfermo, cayendo y levantando y en peligro de perder la vida entre tantas privaciones. Tal vez por indicación del P. Sotelo fué trasladado el enfermo a Santa Cruz de la Sierra, para restablecer su salud. Llegado a aquella residencia, sintióse aliviado de sus calenturas, y los superiores juzgaron oportuno dirigirle hacia el sur, a los indios chiriguanes, que habían dado muestras de quererse convertir a nuestra santa fe. Habíanse concebido esperanzas de un próspero resultado en estas regiones, pero desgraciadamente el éxito no correspondió a lo que se había pensado. Ocho meses perseveró entre los chiriguanes el P. Cipriano Barace, y aunque aprendió la lengua de ellos, aunque procuró agasajarles y atraerles con doncellas, aunque desplegó todos los recursos del celo apostólico, jamás consiguió que aquellos hombres se convirtiesen a la fe, ni quisiesen sujetarse a las reglas de la vida civil. Lejos de eso levantaron una horrible calumnia al P. Cipriano en materia de honestidad, por lo cual los superiores determinaron que se abandonase aquel campo tan ingrato y volviese el misionero, como él mismo deseaba, a la tierra de Mojos. En 1681 ya estaba de vuelta entre estos indios el fervoroso P. Cipriano.

Por fin, en este año de 1681, determinó el P. Provincial Hernando de Saavedra, sucesor del P. Cuadro, tomar resueltamente sobre sus hombros la misión de los mojos y convidar a los jesuitas del Perú, que quisieran alistarse para esta difícil obra. No faltaron pretendientes, y por cierto que algunos fueron de los más ilustres sujetos de la provincia. Por de pronto fueron destinados a Mojos el P. Antonio de Orellana, a quien podemos llamar el primer cronista de esta misión, y el P. José de Vega. Llegados al pueblo de Loreto estos dos nuevos operarios, fué indecible el consuelo que recibieron los dos antiguos, Marbán y Barace. Activaron la instrucción de los indios, los prepararon para recibir el

(1) Estos dos escritos se hallan en *Peruana. Hist.*, II, nn. 162 y 164. La descripción está fechada el 12 de Julio y la carta el 20 de Octubre de 1679.

santo bautismo y, por fin, el día 25 de Marzo de 1682, con grandísimo consuelo de los misioneros, fueron bautizados con la solemnidad allí posible cerca de seiscientos indios mojos, que formaron la primera doctrina o reducción llamada de Nuestra Señora de Loreto (1). Tal fué el resultado de siete años continuos de padecimientos inauditos, sufridos por amor de Dios en aquellas recónditas soledades.

Al instante dispuso el P. Marbán construir una iglesia vasta y capaz con los elementos de que allí se podía disponer, es decir, con maderas y adobes. Entretanto el P. Cipriano Barace tomó a su cargo otra empresa difícil que dió muy feliz resultado. Tal era el introducir ganado vacuno en las regiones de Mojos. Ya en 1679 escribía el P. Marbán estas palabras al P. Provincial: «Será muy conveniente que desde luego mande V. R. se envíen vacas y mulas en esta provincia, así para la comodidad y sustento de los misioneros, como para que los indios acaben de asegurarse de que no los hemos de dejar. Pues como ellos saben que los Padres de Santa Cruz tienen eso, dicen que aquéllos ya están allí de asiento y son vecinos de allí, y que nosotros todavía no lo somos de aquí. Sería grandísimo alivio para todos estos indios ese género de ganado, especialmente las vacas, que desean ver mucho en sus tierras, y les ha de servir de muy grande aliento para su conversión» (2).

No pudo el P. Provincial desde Lima satisfacer a esta petición; pero ya que de fuera no venía el remedio, resolvió el Padre Barace buscarlo por sí mismo. Encaminóse, pues, a Santa Cruz de la Sierra, y allí con limosnas de los españoles y del mejor modo que pudo, empezó a reunir algunos centenares de vacas. Al mismo tiempo fué aprendiendo medianamente el oficio de tejedor, para enseñar a los mojos a tejer el algodón y a componer camisetas elementales, con que pudieron cubrir su absoluta desnudez. Cuando tuvo reunido un considerable número de vacas, emprendió su camino a Loreto, acompañado de un grupo de indios que le servían de ganaderos. Terribles dificultades hubo de experimentar en esta jornada. El viaje de Santa Cruz a tierra de Mojos se hacía entonces por medio de canoas, siguiendo el curso caudaloso de aquellos ríos y apenas era posible otro modo

(1) Véase la citada *Relación* del P. Orellana, a quien copia casi a la letra el P. Eguiluz en su *Historia de la misión de Mojos*.

(2) Carta citada más arriba, de 20 de Octubre de 1679.

de viajar, por la vegetación exuberante de aquellos bosques no hollados todavía por hombre civilizado. No siendo posible conducir por canoas centenares de vacas, fué preciso emprender el camino a través de los bosques. Bajo un sol de fuego, sobre un suelo de lodo, rompiendo con hachas la maleza de selvas vírgenes, fué caminando como pudo el P. Cipriano, arrastrando en pos de sí aquel numeroso rebaño de vacas. Ya supondrá el lector lo que sucedió. Muchísimas de las vacas se le extraviaron por aquellos bosques, y otras se las robaron las tribus de indios salvajes por donde iba atravesando. Por fin, ensangrentados los pies, desgarrados los vestidos, medio muerto de hambre y de fatiga, llegó a Loreto el P. Cipriano Barace conduciendo el resto de su vacada. Eran solamente 86 las cabezas de ganado que llegaron a la misión de los mojos (1). Por fortuna, estos animales se multiplicaron rápidamente como lo habían hecho en las reducciones del Paraguay, y dentro de muy poco tiempo pudieron los neófitos no solamente alimentarse con la carne de las vacas, sino servirse de ellas en las labores agrícolas, que les fueron enseñando los Padres de la Compañía.

Esta reducción de Loreto fué largo tiempo la principal de Mojos y la residencia habitual del Superior que gobernaba aquella misión. En 1696 el P. Eguiluz, Provincial del Perú, describiendo el estado de las misiones, nos da esta curiosa noticia: «Goza la reducción de Loreto de una bellísima iglesia, toda de adobes por falta de piedra, de tres naves, de sesenta varas de largo por veinte de ancho. Las paredes bien gruesas, y entablada toda por dentro con mucha curiosidad. Sirvenla el P. Pedro Marban, Superior de toda la misión, el P. José de la Vega, el Hermano Antonio Fernández, coadjutor formado, y el Hermano Manuel Carrillo, donado. Acuden a los oficios divinos tres mil ochocientos y veintidós almas, todas bautizadas, que frecuentan cada año los santos sacramentos de la confesión y comunión, como consta de la numeración y padrón que el 16 de Agosto de 1691 hizo el Gobernador y Capitán general de aquellas provincias D. Benito de Rivera y Quiroga para dar cuenta al Rey...

Esta reducción se va extendiendo y propagando en las provincias de gentiles que tiene cuantiosas y pacificadas muchas a

(1) Sobre éste y otros trabajos del P. Barace debe consultarse la *Relación* de 1703 escrita por el P. Orellana y citada más arriba.

la parte sur y más dilatadas a la parte del oriente, cuya variedad y diferencia nacional de provincias han procurado los misioneros reducir a una lengua, la más general, que es la Moja, para lo cual el P. Superior, Pedro Marbán, ha hecho una cosa muy buena con la doctrina cristiana, catecismo y vocabulario copioso. Todos los que componen este numeroso pueblo y reducción de la Santísima Virgen de Loreto son ya cristianos y muy bien entablados en nuestra santa fe, y aunque hay muy varias lenguas, ya todos se entienden y hablan la general del pueblo, con lo que se les puede predicar y hacer igualmente a todos la doctrina cristiana, de que se coge igual fruto y aprovechamiento espiritual... Tiene ya esta iglesia de Loreto tres altares con sus hermosos retablos de cedro, todos pintados y otras obras asimismo de cedro muy curiosas, que han hecho los muchachos dirigidos por el Hermano Manuel Carrillo, y para el culto divino tienen todos los ornamentos y alhajas necesarias, en que se ha procurado adelantar la mayor decencia para moverlos muy a respeto y devoción (1). Tales eran los felices progresos que había hecho la reducción de Loreto en el espacio de catorce años hasta 1696.

5. Según el modelo de esta primera reducción fueron fundándose algunas otras en los años siguientes. La provincia del Perú iba suministrando poco a poco misioneros celosos y también algunos Hermanos coadjutores diestros en los oficios mecánicos. Estos fueron industriando a los indios en las artes que ellos sabían, y contribuyeron poderosamente a la construcción de las iglesias, a facilitar los transportes y a otros trabajos indispensables en aquellas difíciles misiones. El año 1687, el P. Cipriano Barace dió principio a la segunda reducción que se llamó *Trinidad*, situada unas doce leguas al norte de Loreto, siguiendo el curso del río Mamoré. Tuvo bastante dificultad en reunir los indios, porque pertenecían a diversas tribus y usaban también diferente lengua entre sí. Por fin logró juntar este año un grupo considerable y en los años siguientes fué creciendo de suerte, que en 1691, cuando visitó aquellas misiones el Sr. Quiroga contaba el pueblo dos mil doscientos cincuenta y tres cristianos. Construyóse también una iglesia capaz, en la cual se formó un hermoso trono de cedro curiosamente labrado y pintado con sus tres ni-

(1) *Historia de la Misión de Mojos*, c. II.

chos, dice el P. Eguiluz, a proporción, para colocar en ellos los tres bultos de las tres divinas personas (1).

El 1 de Noviembre de 1689 fundó el P. Antonio de Orellana en compañía del P. Juan de Espejo y del Hermano coadjutor Alvaro de Mendoza la tercera reducción que se llamó de San Ignacio de Loyola. Cae al occidente como 14 leguas de la Trinidad y a los dos años, el 27 de Agosto de 1691, ya se contaban en este pueblo tres mil catorce personas establemente vecindadas, y de las que habían recibido el santo bautismo 722. Con el trabajo y perseverancia que distinguieron siempre al P. Orellana, fué acrecentándose la fe en este pueblo y algún tiempo después todos sus vecinos eran cristianos. Levantóse una iglesia muy espaciosa y que por largo tiempo fué la mayor de toda la misión. La estrenó el P. Orellana en Octubre de 1694, celebrando una muy lucida procesión con el Santísimo Sacramento con muchos arcos vistosísimos, dice el P. Eguiluz, matizados de cintas y variedad de flores y más de cien danzantes en varias figuras a usanza del Perú (2).

La cuarta reducción se dedicó a San Francisco Javier. Fueron sus fundadores el P. Cipriano Barace, el P. Juan de Montenegro y el P. Agustín Zapata. Empezaron su obra el 26 de Mayo de 1691 y cuando por Agosto del mismo año llegó el Gobernador Quiroga a visitar el pueblo, halló empadronadas tres mil trescientas setenta y un almas. Poco a poco fueron bautizándose los indios de esta reducción, y cuando escribía el P. Eguiluz a fines de 1696 ya tenía el pueblo de San Javier más de tres mil cristianos (3).

La quinta reducción llevaba el nombre de Señor San José. Erigióla el P. Juan de Espejo en el mismo año 1691, empadronándose entonces dos mil treinta y seis personas y cinco años después pasaban de cuatro mil, con esperanza de agregar a otros muchos indios que aparecían en torno a no mucha distancia. Esta reducción parece haber sido la más occidental entre todas las de Mojos y la más próxima por lo mismo a la ciudad de Cochabamba, con la cual deseaban nuestros Padres ponerse en inmediata comunicación. Durante varios años no pudieron tener este consuelo y en cambio hubieron de experimentar el dolor de perder

(1) *Historia de la Misión de Mojos*, cap. III.

(2) *Ibid.*, cap. IV.

(3) *Ibid.*, cap. V.

en una de estas excursiones al amadisimo Hermano José del Castillo, que pereció entre aquellos montes, anegándose, según unos en cierta inundación y sacrificado por los salvajes, como dijeron otros. Lo cierto fué que habiendo salido el Hermano con un grupo de indios, para buscar un camino a Cochabamba, no llegó jamás al término, y largo tiempo después anunciaron los indios su muerte, aunque con variedad de pormenores.

En Diciembre de 1693 empezóse la reducción de San Francisco de Borja. Sus fundadores fueron el P. Francisco de Borja y el P. Ignacio de Sotomayor. Los indios que la componían tenían dos lenguas distintas y costaba mucho trabajo entenderse con ellos y hacer que unos y otros se entendieran. El carácter de los indios se mostró bastante dócil y bien dispuesto, y a los tres años ya contaba el pueblo más de tres mil habitantes, aunque todavía pocos de ellos estaban bautizados.

Estas seis reducciones estaban ya fundadas cuando terminaba su *Historia de la Mision de Mojos* el P. Diego de Eguiluz, Provincial del Perú (1). En los años siguientes se añadieron otras dos reducciones. La de San Pedro empezada en 1697 y la de San Luis Gonzaga dos años después. El P. Altamirano, que nos cuenta estas fundaciones, advierte de los habitantes de San Pedro, que eran gente robusta y animosos, cuya brutal y antigua fiereza se convirtió en una valiente y cristiana obediencia a los divinos mandatos. La reducción de San Luis Gonzaga hubo de padecer gravísimos contratiempos, porque a poco de empezarse, se desarrolló una peste que segó la vida de muchísimos indios. A pesar de este trabajo, fueron los Padres atrayendo de nuevo a los neófitos, y cuando escribía el P. Altamirano ya contaba el pueblo más de dos mil almas (2).

6. Tal fué la serie de reducciones formadas lentamente por nuestros Padres entre los mojos en los últimos diez y ocho años del siglo XVII. Hubieron de tolerar gravísimos trabajos para realizar estas empresas. ¡Cuántas idas y venidas por aquellos bosques impenetrables! ¡Cuántas privaciones en un territorio tan apartado de toda vida civilizada! ¡Cuántas dificultades para entenderse con indios que hablaban idiomas diversos! ¡Cuánta resistencia para hacerles abandonar sus escondrijos y venir a formar sus vi-

(1) La terminó en el colegio de San Pablo de Lima el 3 de Diciembre de 1696, como él mismo lo dice al fin de su libro.

(2) Véase el capítulo XI de su *Historia de la Mision de los Mojos*.

viendas en los parajes oportunos! Por último no debemos omitir la gran fatiga que hubieron de tolerar los misioneros en trasladar tal vez de un sitio a otro aquellos mismos pueblos, cuando experimentaron los desastres que ocasionaban las inundaciones copiosísimas de aquellos ríos. No podemos imaginar en Europa estos fenómenos, a que sólo están acostumbrados los que han vivido en ciertas regiones de América. Llegando la época de las lluvias, salían de madre aquellos ríos, extendían sus aguas leguas y leguas a un lado y a otro, y aquel país se convertía en una especie de mar, donde sólo se descubrían algunos territorios más levantados, a los cuales los misioneros pusieron el nombre de islas, porque eran los únicos no anegados en los temporales de lluvias. En estas islas procuraron situar sus pueblos, para estar defendidos contra la invasión torrencial de aquel diluvio, que todos los años inundaba las tierras bajas de Mojos.

Todos estos trabajos los dieron por muy bien empleados nuestros Padres, cuando observaron la piedad religiosa y la transformación moral que el santo Evangelio ejecutó en aquellos infieles. Ante todo fué preciso despojarlos de sus bárbaras costumbres, y gracias a Dios, muy pronto obtuvieron los misioneros una reforma radical. En el espacio de cinco años, desde que se celebró el primer bautismo hasta que escribía su primera relación el P. Orellana, esto es, de 1682 a 1687, sólo supieron los Nuestros de dos indios que hubieran cometido el infanticidio y de tres que se hubieran divorciado de sus mujeres. La borrachera, bastante frecuentada antes, se vió corregida de raíz. Cuando se celebraban ciertos convites, se tasaba con mucho cuidado la cantidad de chicha que debían beber. En vez de doce o catorce tinajas, dice el P. Orellana, bastábale al pueblo con dos o tres y nunca llegaban los indios a perder el juicio en estos banquetes.

Adquirieron muy pronto tiernísima devoción a la Santísima Virgen María. Merecen copiarse las palabras que escribe en su relación el P. Orellana: «De la Santísima Virgen dicen los mojos ser muy amantes y nunca la nombran sino diciendo *Nuestra Madre*. Acuden todos los sábados a la iglesia, a toque de campana, a la salve y letanía y después rezan a coro su santísimo rosario. Invócanla en sus necesidades y si cuando andan cazando les amenaza el agua, principalmente del sur, viento a que mucho temen por ser aquél muy frío y desapacible, llaman luego a la Virgen a voces, y me han dicho que experimentan muchas veces empe-